

VI.

¡Qué viva la música!: al encuentro y desencuentro de una ciudad imposible

Jorge Eliécer Ordóñez Muñoz

Jorge Luis Borges, ese hombre que nació en Buenos Aires, pero que también reclamaba a Ginebra como a una de sus patrias, y a ella se fue a morir, ha dicho de su ciudad: «no nos une el amor sino el espanto/ será por eso que la quiero tanto».

Ocurre con las ciudades algo similar a nuestra relación con las calles y los laberintos afectivos: se trata de un sentimiento ambiguo en su necesidad de mantenerse en vilo, en esa cuerda tensa entre el deseo y el fastidio, la posesión y el desarraigo. *¡Qué viva la música!* (1977) es una novela ambivalente y binaria de principio a fin. Quizás esa sea la impronta de nuestra generación de la mitad de siglo, levantada con un pie en la premodernidad, romántica y patriarcal, y con el otro en una postmodernidad a medio camino entre la apoteosis y el fracaso. «Tendré una muerte indigna. Es la suerte más simbólica para una hija de la última mitad del siglo», dice Andrés Caicedo (1990, p. 55) a través de su narradora, la Mona, y agrega: «empezaron a diagnosticarnos un malestar en nuestra generación, la que empezó a partir de los cuatro *long-plays* de los Beatles, no la de los Nadaístas, ni la de los muchachos burgueses atrofiados con el ripio del nadaísmo» (p. 58).

Ese binarismo o régimen hermenéutico de las polaridades empieza con el día y la noche. El día, con su río Cali, que en su travesía desde los Farallones, hasta morirse, podrido ya por el pus citadino, en el Cauca, se llena de chicharras, ese bicho inquieto y premonitor del destinito fatal de Andrés Caicedo:

Carlos Phileas habló de una posible ayuda estatal para obtener la «Cavorita» y la droga que lo haría invisible; terminó con una comparación feliz: invisible como las chicharras que se mueren de tanto cantar, porque con la sombra

medrosa cada árbol se ensilenciaba a nuestro paso. Sabido es que a las chicharras les rasca el sol y cantan para olvidarse. Cuando no cantan duermen un sueño tonto. Cuando cantan en exceso, revientan (Caicedo, 1990, p. 36).

Prosigue el día con su otro río, el Pance, en los extramuros de la ciudad de entonces, a donde iban los muchachos a devorarse el trópico, su paisaje espléndido y a drogarse frente a Picueloro, esa montaña mágica que sirve de postigo entre la ciudad y la manigua, en un acto ceremonial y desesperado. Río Cali, río Pance, fronterizos de un norte y un sur, un nacer y un morir con la vida en bandolera: «Imagino al ritmo que corre mi pluma, como el río raquítrico, lejos de mí se renueva y se platea encima de las piedras. Un río no tiene edad y mis andanzas habrán encontrado aquí una estación pero no el final» (Caicedo, 1990, p. 153).

Ahora irrumpe la noche. La que levanta las ventas ambulantes de la calle 13. La que moldea travestis en un costado de la Ermita, la que sopla su brisa refrescante en los neones de la avenida sexta, pero también la que se refugia en los grilles que bordea el río, la que se agazapa en las discotecas del sur o en los sórdidos bares de la octava. Es la noche con sabor afrocubano, en esa ciudad Caribe anclada en el Pacífico, como bien la definió Fernando Cruz Kronfly. Noche de una ciudad caliente, en todas sus connotaciones, propicia a una taratología real, antes que mítica, con monstruos de carne y hueso acechando en cada esquina, en una suerte de síntesis de todos los males y toda la descomposición social que ha vivido el país.

Al fin de las escaleras un recodo, después la barra con puros hombres y a la izquierda la pista jala-jala, una mujer de piernas gigantescas en calzones tirando ritmo de rodillas, pero yo me canto a mi sola y yemayá, a todo el mundo le pareció rarísimo que me sentara sola, aquí con aquí namá y pidiera cerveza, los clientes se acercaron con cuidado y rodearon mi mesa para comprobarme y yo lo traigo para ti, Puerto Rico libre me llama, a la séptima cerveza me lancé al baile y toda la tensión que hasta ahora había dado por mi presencia, claro se quebró saoco, claro me rodearon al flaco que más me atalayó del entusiasmo de mirarme, el que más brincó y dijo güevonadas, sólo se le ocurrió decir cuando la música terminó: ¿Mona, cuánto cobra? (Caicedo, 1990, p. 181).

El día, con su río y sus chicharras letales, la noche, con su otro río: la música, convertida en total frenesí: «pero la ley de la vida es que toda rumba se termina» (Caicedo, 1990, p. 103).

En la noche del carnaval el tigre y el ciervo se confunden, ha expresado con acierto el poeta José Manuel Arango. En las noches de la rumba caleña las máscaras del día, emmorenadas por el fuego de la canícula, se engarzan otras máscaras, se borran por algunas horas las distancias de clase social, de barrio, de raza, de ideología. Séptimo Cielo, el antiquísimo y paradigmático bailadero de la carrera octava, sirve de frontera entre las dos ciudades: la de postal y la otra, la marginal, la de barrios nacidos de invasión, donde habitan los emergentes: obreros, mecánicos, carpinteros y muchachos aspirantes a ser figuras de fútbol, cuando no inmigrantes vía USA, y en el peor de los casos, a convertirse en delincuentes criollos. Y la Mona, narradora protagónica de la novela homenajea al Séptimo Cielo: «me llevan noticias de que las cosas son mejores, más modernas en la octava, todo ese Séptimo Cielo y el cabo E» (Caicedo, 1990, p. 183). Ella que es del norte, exalumna del Liceo Benalcázar, colegio de la burguesía caleña, proclive al goce pagano, a la experimentación total de su cuerpo y de su psiquis, es caracterizada así por sus amigos, los voleibolistas marxistas de la Universidad del Valle: «¿La Mona esa? Olvidate, callejón sin salida de la burguesía» (p. 107).

Ambigüedad, régimen hermenéutico de la luz y la sombra, el día y la noche, en una ciudad imposible para un muchacho pequeño burgués, inteligente, hiperactivo, desadaptado, como Andrés Caicedo, corcho dando vueltas en un paisaje bucólico, como el de su coterráneo, Jorge Isaacs, pero degradado por los oscuros prestidigitadores de la pobre ideología nacional, nostálgica y copiona, señorial y provinciana, a pesar de los rascacielos, patriarcal como los padres de la Mona y su gallada del norte decadente; como decadente es todo el fresco que pinta Andrés Caicedo entre líneas, entre pretextos superficiales, entre músicas que por los dos lados son espurias y obedecen a la amplia gama de aculturación diseñada por el imperio: el rock, que nos viene del norte, y la salsa, que en su versión moderna es un producto procesado y envasado también en el norte —vía New York— así su antecesora, hermosa y humilde, haya sido la música campesina de Cuba y Puerto Rico, hecha con un tres, dos cueros, unas maracas y una clave. Yo, modelo 51, como Andrés Caicedo, presencié desde muy niño cómo la gente de Cali bailaba las guarachas, el cha-cha-chá, el son, el mambo, la pachanga, la charanga, la bomba y la plena, de sol a sol, hasta empatar con el paseo de desenguayabe en alguno de sus siete ríos, antes de que se convirtieran en cloacas, por la desidia de sus gobernantes y las fuertes presiones de los desposeídos de la fortuna. En casa familiar o en caseta, en grill o en verbena decembrina, eran parrandas atemporales, se sentía una alegría natural, sin afeites, sin humos de colores, ni estentóreos animadores decretando la felicidad colectiva. Todo ello sirvió de preámbulo para que la ciudad pudiera recibir a finales de los años 60 a ese mago del ritmo y compendiador de diversas vertientes musicales del Caribe: Ricardo Richie Rey. Entonces los carteles no se hicieron esperar:

El pueblo de Cali rechaza

A los graduados. A los Hispanos y demás cultores del «sonido paisa», hecho a la medida de la burguesía, de su vulgaridad. Porque no se trata de «sufrir me tocó a mí en esta vida», sino de «agúzate que te están velando». Viva el sentimiento afrocubano. Viva Puerto Rico libre. Ricardo Rey nos hace falta (Caicedo, 1990, p. 137).

El binarismo antitético del día y la noche encuentra analogías en la pareja dialéctica de la vida y la muerte. Este grupo de muchachos y muchachas que se quieren devorar la ciudad a dentelladas de música, de droga y de sexo, van tejiendo redes inconsútiles, pequeños paraísos y pequeños infiernos que los van degradando minuto a minuto. El Monstruo de los Mangones sediento de sangre joven, mitad realidad, mitad imaginario colectivo, los asecha en las riberas del río Pance, en el valle del Renegado, que les ofrece, además de una naturaleza espléndida, hongos, ácido y marihuana, para emprender sus otros viajes. La ciudad ya no puede definirlos ni contenerlos; es una maraña de calles y personas desahusadas, por la historia patria y por la historia cotidiana. El entorno es hostil, cárcel de cemento con gentes convencionales que madrugan, trabajan, se deshacen en los tristes trópicos y llegan al cubil de su miseria a hostigar, rezar, fornicar y escuchar las noticias, correlatos en fotocopia de sus vidas sin horizonte: «Por las ventanas era tan seco y tan duro el día. ¿Caerá la peste sobre la ciudad esta?» (Caicedo, 1990, p. 21).

La Mona sabe, como su álter ego Andrés Caicedo, que la vida convencional termina en los ancianatos, con mal de San Vito y rostros compungidos de pseudocompasión cristiana; por eso decide, deciden, vivir a la perdida, así se intuya que esto les implique morir jóvenes, como en las epopeyas griegas: «Supuse. Tendré una muerte indigna. Es la suerte más simbólica para una hija de la última mitad del siglo» (Caicedo, 1990, p. 55). «Un vínculo de muerte nos une en esta y cada una de las rumbas. De qué serán capaces los otros» (p. 60).

La rumba que es vibración, movimiento, erotismo, tácitamente tiene su pacto con el tánatos, por eso los muchachos del rock, en el norte, y los muchachos del sur, con la salsa, son esquirlas juveniles en ese gran estallido que se fragua en la ciudad imposible; por el postigo de la vida se llega al lujurioso valle de la muerte:

Tú, haz más intensos los años de niñez recargándolos con experiencia de adulto. Liga la corrupción a tu frescura de niño. Atraviesa verticalmente todas las posibilidades de precocidad. Ya pagarás el precio: a los 19 años no tendrás sino cansancio en la mirada, agotada la capacidad de emoción y disminuida la fuerza de trabajo. Entonces bienvenida sea la dulce muerte fijada de antemano. Adelántate a la muerte, precísale una cita. Nadie quiere a los niños envejecidos. Sólo tú comprendes que enredaste los años para

malgastar y los años de la reflexión en una sola torcida actividad intensa. Viviste al mismo tiempo el avance y la reversa (Caicedo, 1990, p. 186).

Santiago de Cali es una de las ciudades más curiosas y paradójicas del mundo. Es triétnica en superficie, pero es negra y mulata en sus manifestaciones. Tuvo hasta los años 70 un norte de abundancia, con barrios de gente acomodada que construyó sus quintas entre las estribaciones de la cordillera occidental y las riberas del río Cali, entre guadales y guayabos, con garzas, torcazas y pichofuis, que en las tardes tibias parecían recogerse entre los arpegios de las campanas de la Ermita, La Merced y San Judas Tadeo; más abajo, los comercios pomposos, el espléndido Sears y los parques con surtidores para que los vástagos de esas familias de abolengo empezaran a urdir, desde sus trincheras de música y sustancias psicotrópicas, una especie de rebelión subrepticia contra unas visiones de mundo gastadas y ya obsoletas.

Estos jóvenes del norte, señorial, católico y terrateniente, no querían repetirse entre la abulia del paisaje físico y cultural de sus padres, condenados al éxito de la cotidianidad, sino volar, experimentar otros mundos, así fuera en su micromundo de ciudad paradójica, que de manera invisible levantaba su muralla china entre el norte y el sur. Pasando el río era otra cosa: el centro con su batahola de comercios formales, turcos y judíos envueltos en fardos de telas multicolores, rateros de esquina, artistas del hambre y del trapecio, prestidigitadores y ventrílocuos del desarraigo vociferando ¿dónde está la bolita?, calle de los machos, como bien la bautizara el poeta Carlos Fajardo, con bingos y ruletas, sórdidos bares y agrios restaurantes donde el Chichi mastica su pasta cotidiana antes de cruzar el puente para embolar los zapatos de los notables en el Café de los Turcos y despacharse en una descarga de Richie Ray con su caja de betunes.

Cali negra, Cali mulata. Un norte que reza bajo el céfiro fresco de Los Farallones, pero también urde crímenes para conservar los blasones de una estirpe que empieza a diluirse. En esa encrucijada está Andrés Caicedo y su generación, está la Mona, su álter ego femenino y su gallada del norte. Sus andanzas por el sur son a la vez expiación y liberación desde el infierno. Por eso cuando la Mona y Ricardito el Miserable, en un ritual que combina el rock pesado, el valium y el ácido, están saltando sobre una cama y encuentran tres cadáveres, escasamente se sorprenden. Es el símbolo de una muerte generacional: muerte a la decrepitud, muerte a lo convencional, muerte a la rancia clase señorial que ha producido en pocos años, 48 a los 70, la violencia liberal-conservadora con más de 300 000 muertos, desplazamientos forzados, que en la capital vallecaucana tiene su correlato en los cinturones de miseria y numerosos barrios de invasión, bandas organizadas de matones que entre los años 50 y 60 se llamaban pájaros, como Caracolina, El Vampiro, el Cóndor, el negro Bomba, fantasmas que fluctúan entre la realidad y el

imaginario colectivo, quizás para exorcizar sus terrores, como los murciélagos a sueldo de Aristizábal o el Monstruo de los Mangones. Para quien no lo sepa, en ambos casos se trató de la desaparición de niños y jovencitos, que luego eran encontrados en los potreros, con señales de haber sido desangrados sistemáticamente.

Santiago de Cali, ciudad paradójica, bárbara, pero poética, cálida y caníbal, bucólica y orgiástica, urbana y primitiva, Cali, calabozo, como lo señaló Andrés Caicedo:

En esa cama había tres cuerpos: los del doctor Augusto Flórez y señora, a quienes yo me había acostumbrado a ver hacia las siete de la noche dándole vueltas al parque, y el cuerpo de la que fue niñera del flaco y había llegado a serlo todo en esa casa: una india de las montañas de Silvia con la que nunca hablé, ni más faltaba, pensé y luego dije: ¿nos invitó para que viéramos los muertos? (Caicedo, 1990, p. 57).

Sí, muy sonado el hecho. Fue allí cuando los columnistas más respetables empezaron a diagnosticar un malestar en nuestra generación, la que empezó a partir del cuarto *long-play* de los Beatles, no de los Nadaístas, ni de los muchachos burgueses, atrofiados en el ripio del nadaísmo. Hablo de la que se definió en las rumbas en el mar, en cada orgía de semana santa en la Bocana (Caicedo, 1990, p. 58).

Los jóvenes de los años 60 y 70 están hastiados de falsos paradigmas. Hay un tufillo a cadaverina, buscan otros vitalismos. Quizás haya que mencionar al hipismo, a los hijos de las flores con sus famosos estribillos: «haz el amor y no la guerra», «prohibido prohibir», «no pises la yerba, fúmla». Intertextos culturales que se filtran en la novela. Mayo del 68, en París, México 70, cuando los muchachos del mundo le apuestan a la imaginación como principio revolucionario. En lo local, el *Nadaísmo*, especie de vanguardia tardía, en un país juliofloresco, «donde todo nos llega tarde, hasta la muerte». De esa rotura cultural (¿hubo alguna ruptura?) ha dicho Rafael Gutiérrez Girardot que fue una bufonada para legitimar el Frente Nacional. A su vez, Caicedo mira con recelo el advenimiento de esos nuevos profetas. Algo anda mal, hay síntomas de podredumbre y deseos de emancipación. Se inaugura la Nueva Oscuridad:

Yo sonreí y mis dientes y los de Mariángela se vieron brillantes en la Nueva Oscuridad, con fuerza de marfil como para no cariarse ni acabarse nunca: digo, no es un proceso corriente tener que acostumbrarse a una noche que

siempre llega así, siempre excepcional. Tal costumbre tiene que implicar locura. Por eso somos como somos (Caicedo, 1990, p. 40).

En su vida y en su obra a Andrés Caicedo lo asediaron los monstruos de la razón. Por eso tal vez su novela fluctúa en categorías binarias. Régimen hermenéutico, híbrido, hermafrodita. Día del cansancio frente a la realidad. Noche del goce pagano. Alegría de neón, agridulce sensación en los túneles del cinematógrafo. Vida y muerte pasando por el deterioro de la casta patriarcal. El frenesí, la música y la droga seducen a los jóvenes; el deterioro, la muerte y el olvido se adueñan de la senectud. La burguesía pretende imponer modelos, pero se ahoga en su propio vómito; los descastados apenas si se asoman por las pérgolas del río a mirar lo que sucede en la otra orilla. Escasea la cordura, se instaura la dictadura de un proletariado clandestino, aventurero, hongófago, melómano, sexófilo, pero irremediablemente triste y trágico. Ya no es la selva vertiginosa la que se los traga, es la ciudad imposible que los expulsa de su marsupio y los arroja al río de la vida sin escrúpulos, prejuicios, ni concesiones, que es el morir.

Binarismo antitético del día y la noche, la vida y la muerte, el norte y el sur, el rock y la salsa, los jóvenes y los viejos, la burguesía decadente y los marginados de umbral, la cordura y la locura, el canibalismo y la ortodoxia, el amor y el sexo, en una sociedad que en los años 70 apenas estiraba pantalón. Nuestras ciudades venían de ser pueblos grandes y desordenados con fábricas de llantas al frente de un ordeñadero, con avenidas de mercurio olientes a boñiga, con escarceos incipientes de rock y salsa cuando todavía la generación anterior plañía con pasillos y boleros y se sentía temerosa de entrar en un síndrome delirante, como las últimas páginas de «Qué viva la música», donde la narradora, de manera fehaciente y vehemente, se convierte en la conciencia de Andrés Caicedo y sus destinitos fatales.

Premonición, doble marginalidad. La sociedad canónica que nos arrincona al sur —tan pobre en Cali, a pesar del arribismo y su máscara ostentosa— y al norte, con su avenida sexta, calle pasarela donde los muchachitos bien alternaron el rock en inglés con la música que sus padres les escamoteaban por ser «música de negros», pero que en últimas terminaron asimilando y bailando en el Club San Fernando, porque así lo determinó un imaginario falso, repetido de sol a sol por los ventrílocuos de las cadenas radiales: «Cali, capital mundial de la salsa». Gran falacia que banalizó a una ciudad, convertida en los años posteriores a la fuga definitiva de Andrés en una feria de nada, donde la burguesía, sobre todo la advenediza, se emborracha a caballo, asiste al ceremonial de la muerte en la plaza de toros de Cañaveralejo, y de noche sale a gritar en la avenida sexta, donde habita el fantasma de Andrés Caicedo: ¡Qué viva la música!

Descansen tus huesos, Andrés Caicedo Estela, premonitor de esas muertes. Razón tuviste de no querer más sol, ni más ríos, ni más chicharras, ni más convencionalidad inflada por los bufones de las verdades a medias. ¡Agúzate muchacho que te están velando! Richie Ray se volvió protestante, ha engordado y canta música cristiana en las iglesias de los que nos desertifican por ser pobres, alineados y alienados. ¡Vámonos Andrés con nuestra música a otra parte, con nuestra ciudad no nos une el amor, sino el espanto, será por eso que la queremos tanto, como se quiere una herida de guerra, un amor triste o un hijo minusválido! Ah, y a tu Mona, que tanto supo leerte, dile estas palabras, igualmente premonitorias como las tuyas: cuando llegue la lumbre, la guerra o la miseria de los cuerpos, no dejes de quedarte, no dejes de beberte, sorbo a sorbo, la noche que se enrubia en tu cerveza.

Referencias

Caicedo, A. (1990). *¡Qué viva la música!* Bogotá: Plaza y Janés.